

La conformidad con el mundo

H. BORLASE

biblicom.org

Índice

1 - Dejadlos en la tierra, como testimonio	3
1.1 - Colectivamente	3
1.2 - Individualmente	3
2 - La conformidad con el mundo	3
2.1 - La función del intelecto	4
2.1.1 - La filosofía	4
2.1.2 - La atenuación del significado de las palabras	4
2.2 - El desarrollo de la mente	4
2.2.1 - La vanidad, si no tiene en cuenta la gloria de Dios	4
2.2.2 - La vanidad, si no se tiene el conocimiento de Dios	5
2.3 - Las capacidades humanas	5
2.3.1 - Útiles en su lugar	5
2.3.2 - Ellas provienen de la caída	6
3 - Los peligros que amenazan nuestro testimonio	6
3.1 - La ciencia	6
3.1.1 - Considerada como un camino hacia Dios	6
3.1.2 - La constatación de Salomón: vanidad	7
3.2 - La filosofía	7
3.3 - El materialismo	8
3.3.1 - El atractivo de las riquezas	8
3.3.2 - La búsqueda de un lugar en el mundo	8
3.3.3 - No renunciar al mundo	9
4 - ¿Cómo ser un testimonio para Dios?	10
4.1 - Juzgar las cosas según la Palabra de Dios	10
4.2 - Los límites de nuestras relaciones con el mundo	10
4.3 - Considerar la venida del Señor	11
4.4 - Considerar el estado real del mundo	11

1 - Dejados en la tierra, como testimonio

1.1 - Colectivamente

Al mantener durante un tiempo en su estado a aquellos que debían ser reunidos en uno por su muerte, el Señor tenía la intención de dar al mundo un testimonio práctico del carácter de Dios, a través de aquellos que estaban unidos por un solo Espíritu y que, sin ser efectivamente apartados del mundo, eran guardados del mal de este mundo. Tal era la Iglesia que mantenía una santa separación; era una advertencia viva «de pecado, de justicia y de juicio» (Juan 16:8) para todos aquellos en medio de los cuales se encontraba. Pero hoy, ¿dónde está ese testigo? Ha pasado un largo y triste período desde que la Iglesia era como una lámpara ardiente y brillante, y desde que llevar el nombre de cristiano bastaba para ser considerado enemigo por el mundo. Su ruina se manifiesta dolorosamente en nuestros días por la inmensa mayoría de la profesión cristiana que la suplanta, y por la marcha confusa e incoherente de muchos hijos de Dios.

1.2 - Individualmente

Pero si, como cuerpo colectivo, la Iglesia ha perdido su lugar como testigo, cada creyente sigue siendo un templo del Espíritu Santo y, como tal, debe dejarse guiar por el Espíritu en todas las circunstancias en las que se encuentre. «Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios **son** hijos de Dios» (Rom. 8:14). Una cosa está clara: el Espíritu de Cristo no puede tener ningún vínculo con el mundo, porque siempre conduce del mundo a Dios. Por lo tanto, al afirmar que estamos guiados por el Espíritu, un criterio seguro, en caso de duda, es considerar hasta qué punto Dios aprueba lo que hacemos.

2 - La conformidad con el mundo

La época actual se caracteriza especialmente por la marcha incoherente de los creyentes y los esfuerzos de Satanás por incitarlos a conformarse al mundo. Señalemos algunos males principales que han contribuido en gran medida a rebajar el nivel de la práctica cristiana. Recordemos que la palabra de Dios es clara: «Todo lo que hay en el mundo... no procede del Padre» (1 Juan 2:16), y que la Escritura emite un juicio

sin reservas sobre todos los deseos naturales del corazón: «Lo que es muy estimado entre los hombres, es una abominación ante Dios» ([Lucas 16:15](#)).

2.1 - La función del intelecto

2.1.1 - La filosofía

Los creyentes están especialmente expuestos a una trampa muy presente en la época actual, quizás más que en cualquier otra época desde que Pablo advirtió a Timoteo contra «las objeciones de la falsamente llamada ciencia» ([1 Tim. 6:20](#)), expresión que describe muy bien lo que es la filosofía de la antítesis hoy en día. Se trata de seducciones que apuntan al intelecto, a las que están particularmente expuestos aquellos que se han liberado del egocentrismo.

2.1.2 - La atenuación del significado de las palabras

Los hombres suelen atenuar las expresiones de las Escrituras relativas al mundo y a la mundanidad para que se ajusten a sus gustos. Dicen fácilmente que renuncian a aquello a lo que son poco o nada inclinados por naturaleza, pero defienden con valentía el mundo en su aspecto más refinado, que es mucho más peligroso, porque más engañoso, que las tentaciones que se dirigen a las bajas tendencias de la naturaleza humana.

El apóstol define a los 2 como las concupiscencias de la carne y del espíritu ([Efe. 2](#)). En verdad, la idolatría espiritual –pecado del tiempo presente y culminación de todo lo que el hombre es capaz de hacer contra Dios– es, por su sutileza y las múltiples fases que reviste en el espíritu, infinitamente más peligrosa que cualquier otra profundidad en la que pueda hundirse un corazón extraviado por las artimañas del enemigo.

2.2 - El desarrollo de la mente

2.2.1 - La vanidad, si no tiene en cuenta la gloria de Dios

No nos equivoquemos. No condenamos el desarrollo de la mente. Es muy deseable que cada facultad se desarrolle plena y sanamente; la educación, en el sentido

estricto de la palabra (es decir, la formación de la mente, orientada a la gloria de Dios), debe ser buscada por encima de todo. Pero el error que condenamos es el que consiste en convertir los medios en un fin en sí mismo. El deseo de desarrollar la mente, en sí mismo, no es más que un egoísmo refinado si no pone toda la energía intelectual al servicio de Dios. Todo lo que no contribuye a Su servicio, todo lo que no pueda ser utilizado en esta obra, solo sirve a uno mismo y será invariablemente inútil, por muy grandes que sean estos logros intelectuales a los ojos de los hombres.

2.2.2 - La vanidad, si no se tiene el conocimiento de Dios

Porque debemos considerar que la vida, ya sea natural o espiritual, consiste en “*actuar*”; y, en el caso del cristiano: actuar constantemente para la gloria de Dios. Es más, el espíritu más sabio y completo no es más que un desierto si no conoce la única sabiduría verdadera. Es deplorable ver al hombre natural vagar en su mente y perseguir un fantasma que se le escapa; ver lo que tanto llama la atención, incluso la de los hijos de Dios; ver todos los esfuerzos dedicados a una supuesta verdad; ver cómo se reniega la única fuente de la verdad: el conocimiento de Dios. Este conocimiento es infinito, no cansa, abre un campo de aplicación rico y variado para cada capacidad intelectual, y las mantiene en una medida saludable. Todo lo que está por debajo de este conocimiento (que la inteligencia del mundo ignora sistemática y voluntariamente) es pereza de espíritu, mente que busca la felicidad fuera de Dios, y solo demuestra que aún no ha reconocido toda la extensión del testimonio del Espíritu acerca de Jesús, en quien «están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (Col. 2:3).

2.3 - Las capacidades humanas

2.3.1 - Útiles en su lugar

Es bueno que cada creyente comprenda que Dios puede hacer mucho y que el hombre solo puede hacer poco (o nada). Aceptamos con gratitud toda la ayuda que nos brinda el hombre como proveniente de la Providencia de Dios, que ordena que contribuya a su propia gloria, aunque los hombres apenas sean conscientes de ello. Pero no dejan de ser ayudas, y un solo rayo de la luz del conocimiento de la gloria de Dios es más eficaz para el desarrollo del espíritu que todos los medios combinados del genio y el saber humanos. Como se ha dicho acertadamente, las cosas

no se menosprecian cuando se consideran en su verdadero lugar. Si se afirma que Dios puede elevar al hombre infinitamente más alto de lo que los instrumentos le permiten alcanzar no es menospreciarlos. Aunque hoy en día las capacidades humanas se valoran tanto, y que muchos, admirando lo que produce la inteligencia humana, la asimilan a una participación en la naturaleza divina, es bueno recordar los términos en los que la Escritura habla de todo lo que nos viene de Adán, no solo en este cuerpo mortal, sino también en el espíritu que lo habita.

2.3.2 - Ellas provienen de la caída

«No hay quien entienda» ([Rom. 3:11](#)); esta es la valoración que Dios hace de toda la luz de la que se jacta la razón humana; solo lo conocemos cuando lo oímos del Espíritu. «Teniendo el entendimiento obscurecido» ([Efe. 4:18](#)); es el carácter universal del hombre, independientemente de las capacidades naturales con las que esté dotado. No olvidemos que la fuente de gran parte de estas capacidades viene del «árbol de la ciencia del bien y del mal» ([Gén. 2:17](#)), de modo que los hombres se enorgullecen de este conocimiento, ignorando que ha entrado en la mente por desobediencia a Dios. Así, en todo hombre natural, este conocimiento, en sus diversos aspectos, muestra que es el fruto del árbol del que proviene; fruto bueno en sí mismo, pero obtenido por la astucia de Satanás, por la incredulidad hacia la plena suficiencia de Dios. Es instructivo ver que cuando Caín se alejó de la presencia de Dios, comenzaron las invenciones y la vida en el lujo; y, sin duda, el poder sobre la tierra siguió perteneciendo exclusivamente a sus descendientes hasta que los «hijos de Dios» ([Gén. 6](#)), la simiente santa, se unieron a las hijas de los hombres; entonces, todo rastro de separación en el temor de Dios se perdió en la manifestación de la ciega voluntad propia y la violencia que se extendió por el mundo.

3 - Los peligros que amenazan nuestro testimonio

3.1 - La ciencia

3.1.1 - Considerada como un camino hacia Dios

El hombre del mundo a menudo pretende acercarse a Dios a través de la ciencia y el estudio de la naturaleza. Una vez más, el cristiano está llamado a mostrar discer-

nimiento. No puede sino regocijarse por lo que es verdadera y propiamente obra de Dios en la creación; sí, da «la gloria, el honor y el poder» a Aquel que creó «todas las cosas» (Apoc. 4:11), porque son suyas y expresan su maravilloso pensamiento. Vemos en sus obras la prueba y la expresión de su poder eterno y de su divinidad (lo que no podemos ver en las del hombre caído), por lo que nos gloriamos en Dios. Pero como hijos de Dios, estamos llamados a conocerlo como **Padre**, un carácter mucho más excelente y bendito. Y este conocimiento no nos viene de fuera, sino del Espíritu, al que le corresponde la tarea especial de “hablarnos abiertamente del Padre”. Todos los demás caminos por los que los hombres pretenden acercarse a Él no los llevan, por así decirlo, más allá del atrio de los gentiles, fuera del Lugar Santísimo, donde solo los israelitas podían entrar.

3.1.2 - La constatación de Salomón: vanidad

Aprendamos del ejemplo de Salomón; lo intentó todo, no solo buscó y acumuló para sí mismo la gloria y los placeres terrenales, que ningún hombre había tenido antes ni después («¿qué podrá hacer el hombre que venga después del rey?» (Ecl. 2:12)), sino que se esforzó por descubrir una sabiduría que nadie había tenido jamás y que superaba a todos en conocimiento: «También disertó sobre los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en la pared. Asimismo disertó sobre los animales, sobre las aves, sobre los reptiles y sobre los peces. Y para oír la sabiduría de Salomón venían de todos los pueblos y de todos los reyes de la tierra, adonde había llegado la fama de su sabiduría» (1 Reyes 4:33-34). ¿Y cuál es el resultado? «Y di mi corazón a inquirir y a buscar con sabiduría sobre todo lo que se hace debajo del cielo; este penoso trabajo dio Dios a los hijos de los hombres, para que se ocupen en él. Miré todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí, todo ello es vanidad y aflicción de espíritu. Lo torcido no se puede enderezar, y lo incompleto no puede contarse» (Ecl. 1:13-15).

3.2 - La filosofía

Hoy en día, el carácter del intelecto, que desvía a tanta gente “que se dice sabia”, no es más que una de las formas de la perversidad humana que se opone a Dios. Quizás sea más refinada, pero su oposición es tan decidida como la de aquellos que se atreven a cuestionar la voluntad expresa de Dios porque él no la ha escrito en los cielos. «Los griegos buscan la sabiduría» (1 Cor 1:22); de ahí la llegada de presenta-

ciones filosóficas y “proyecciones abstractas” del cristianismo, propias del siglo 20 y de nuestros días. El hombre se esfuerza así por penetrar, solo con la razón humana, en la misteriosa doctrina de la cruz, que nunca alcanza o que, de lo contrario, sigue siendo una locura.

3.3 - El materialismo

3.3.1 - El atractivo de las riquezas

Veamos otro aspecto; el estado del mundo que ignora a Dios se caracteriza por lo siguiente: «Se regocijaron en las obras de sus manos» ([Hec. 7:41](#)). Muchos creyentes, por su vida práctica, deberían testificar en contra de esto, ¡pero sus corazones parecen estar en estas cosas tanto como los demás! Escuchemos el testimonio del mundo, que ve claramente las incoherencias de los creyentes (es sabio aprender de un enemigo):

«Por lo que podemos ver, las personas serias no tienen ningún reparo en seguir los pasos de los del mundo para adquirir riquezas; en este punto, buscaríamos en vano una marca que distinga a las 2 clases de la sociedad: la que es «del mundo» y la que «no es del mundo». “Todos parecen animados por el mismo instinto de aumentar su fortuna en la vida; todos muestran el mismo celo ardiente e inventivo en sus respectivas búsquedas”. Además, “viven en los lugares que los hombres prefieren, satisfacen los mismos deseos, se dedican a actividades comunes, participan en su lujo común; se afanan con los del mundo en caminos sembrados de tentaciones de diversas formas. Corren con alegría y entusiasmo en la carrera por la fama, los honores y los salarios, donde la fe y los principios de los hombres se ponen a prueba con gran intensidad; consienten en malcriar a los niños con todo tipo de artículos de lujo y muestran la misma indiferencia que los demás por el coste que pueden tener la felicidad y la despreocupación humanas” (Edinburgh Review).

3.3.2 - La búsqueda de un lugar en el mundo

Estos testimonios no provienen de alguien que ama la verdad de Dios, pero son demasiado ciertos y pueden servir para avergonzar a más de un creyente que profesa ser discípulo de Cristo y que está ocupado con «las preocupaciones del siglo, el engaño de la riqueza y las codicias de otras cosas» ([Marcos 4:19](#)). Añadiremos un comentario sobre los hijos de padres creyentes: estos padres tienen con demasiada

frecuencia la misma preocupación que los del mundo, es decir, que sus hijos tengan situaciones que el mundo considera honorables. Para alcanzar este objetivo, muchos creyentes no dudarán en colocar a sus hijos en lugares donde estarán expuestos a tentaciones y en circunstancias en las que estarán expuestos al mal, situaciones en las que no se puede esperar que el Espíritu de Dios los siga y los guarde. Creemos que, en muchos casos, los padres creyentes harán que sus hijos sufran una cierta maldición, según su propia implicación en el mundo.

3.3.3 - No renunciar al mundo

¿No son muy pocos los casos en los que todas las cosas se consideran como «pérdida, por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, Señor mío» (Fil. 3:8)? Por desgracia, el engaño del corazón o la indiferencia hacia la gloria del Señor incitan a muchos creyentes a buscar, mediante diversos sofismas, convencerse de que el cristiano puede estar en comunión con el mundo, al menos en algunas cosas, si no en todas. Pero si las declaraciones de la Escritura sobre el mundo son ciertas, una cosa es segura: quien discute a sabiendas hasta qué punto puede permanecer en el mundo, demuestra que sus afectos están completamente en él. A menudo se trata de eludir la aplicación de lo que dice la Escritura planteando la pregunta: ¿Qué es el mundo? ¿Se puede pensar que la Escritura enuncia un principio tan importante, tan crítico, acompañado de advertencias tan temibles, para luego dejar que cada uno decida lo que debe evitar? En realidad, su lenguaje es infinitamente más exacto de lo que se supone generalmente. En las conversaciones cotidianas, el uso del término “el mundo” expresa invariablemente aquello contra lo que se nos advierte. De hecho, quienes plantean esta pregunta son perfectamente capaces de responderla por sí mismos; cuando hablan de ascender en el mundo, de adquirir crédito y renombre en él, saben exactamente lo que significa “el mundo”. Pero cuando se trata de renunciar a algo por amor a Cristo, todo se vuelve repentinamente confuso, y el corazón infiel se permite trazar su propia línea divisoria entre lo que es del mundo y lo que no lo es.

4 - ¿Cómo ser un testimonio para Dios?

4.1 - Juzgar las cosas según la Palabra de Dios

A pesar de todas las apariencias que reviste el mundo, por muy bellas y atractivas que sean a nuestros ojos, la Escritura habla de él exclusivamente como algo que hay que vencer. Dios ha establecido un principio general, que cualquiera puede leer; y solo el amor y la fidelidad a Cristo pueden ser la verdadera guía para aplicarlo. Lo que mantiene a los hombres en el mundo es que juzgan las cosas según sus propios pensamientos y no según las claras declaraciones de la Palabra de Dios. En verdad, el gran secreto de la conformidad con el mundo es dar por sentado que “las cosas son como deben ser”. Se ha dicho muy acertadamente: “Hay muchos santos, pero muy pocos cristianos”: muchos son los que están perdonados por la sangre de Cristo, pero pocos son los que están dispuestos a seguir a Aquel que los amó tanto, hasta el punto de renunciar a todas las cosas. Cristo dio un testimonio claro y rotundo contra el mundo: «Sus obras son malas» ([Juan 7:7](#)); estando él mismo en el mundo, simplemente daba testimonio de Dios, en contra de ellas. Un discípulo no podía permanecer en el mundo porque el llamado es siempre: “Sígueme”, aunque, como Jesús, estuviera habitualmente allí, en la medida en que era capaz de llevar el testimonio de Dios a la conciencia de los hombres mediante su propia conducta en el mundo.

4.2 - Los límites de nuestras relaciones con el mundo

La verdadera respuesta a la pregunta “¿Hasta qué punto podemos mezclarnos con el mundo?” es: siempre que podamos dar testimonio de Jesús. El cristiano debe tener muy presente que la misión de Cristo hacia su pueblo tenía un único objetivo: “Que nos libere de este siglo malvado”. Por eso, al abogar por la conformidad con el mundo, abogamos por la conformidad con un mundo del que nuestra liberación no nos ha costado nada menos que la muerte del Hijo de Dios. La pregunta práctica que debe hacerse el creyente es la siguiente: ¿puedo estar en comunión con aquello con lo que el Señor no está en comunión? A menudo se invoca el hecho de que otros creyentes lo están, pero es ante nuestro propio Maestro ante quien nos mantenemos firmes o caemos ([Rom. 14:4](#)). Si muchos cristianos están mezclados con el mundo, es aún más imperativo que aquellos que se dan cuenta del mal causado a la Iglesia de Dios, lo denuncien claramente con su vida. Por lo tanto, no es solo una cuestión

de fidelidad a Dios, sino también de amor por las almas.

4.3 - Considerar la venida del Señor

«Mi comida es hacer la voluntad del que me envió, y acabar su obra» (Juan 4:34); «Tengo que ser bautizado con un bautismo, ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!» (Lucas 12:50). Así hablaba Jesús de su obra de amor. ¿Y quién, entre los que profesan seguirlo, podría dar a su vida una medida inferior a la de su Maestro, «dejándoos un ejemplo para que sigan sus huellas»? (1 Pe. 2:21). Naturalmente, participamos de todo lo que encanta a los sentidos o al espíritu del hombre, pero la melodía de los cánticos celestiales supera la voz de la música terrenal, y el peso eterno y sobreabundante de la gloria que ve el ojo de la fe eclipsa la chispa pasajera del esplendor terrenal. “El tiempo es corto”. Palabra bendita, para estimularnos en la obra del Señor, a fin de que, «cuando venga» (Mat. 24:46; Lucas 12:43), nos encuentre haciendo su voluntad, y para regocijarnos por la venida de Aquel que será «como la luz de la mañana, como el resplandor del sol en una mañana sin nubes» (2 Sam. 23:4). Juzguemos todo lo que el mundo apreciaba a la luz de la gloria de ese día, del poder y la venida de Jesús, del gozo de sus santos en quienes será glorificado cuando venga; entonces, que nuestros corazones se decidan a considerar todo como basura, para ganar a Cristo.

4.4 - Considerar el estado real del mundo

Queda aún una cosa. Si miramos con el espíritu de Cristo un mundo que yace en el mal, no podemos desear participar en las cosas que encadenan a los que están seducidos por el dios de este mundo, cosas que hacen tan difícil abandonar el mundo, incluso para los cristianos; tampoco podemos transigir con el mal, sino que debemos mirar este mundo como Jesús miró a Jerusalén y lloró por ella. El verdadero amor por las almas llevará a rechazar claramente todo vínculo con el mundo, para que este testimonio lleve a los que están vinculados a él a ver el peligro. Hoy en día, un falso “amor” es el principio más mortífero de Satanás, que engaña y luego destruye.

Los días son cortos y malos; la paciencia de Dios aún espera, pero no sabemos por cuánto tiempo. Que él nos dé la gracia de cumplir su obra en este «muy poco tiempo» (Hebr. 10:37).